

Sección uno: Ensayos

Teoría crítica y marxismo en las ciencias sociales y humanas: alcances, limitaciones y reconfiguraciones.

La crisis de la globalización liberal: del Crash del 2007 a la Guerra en Ucrania. Un análisis materialista heterodoxo¹

The crisis of liberal globalization: from the 2007 Crash to the War in Ukraine. A heterodox materialist analysis

Eduardo Molina Campano
Universidad de Sevilla
emolina5@us.es

Resumen:

Este artículo tiene como objetivo analizar los elementos históricos más relevantes que explican la crisis de hegemonía de la globalización liberal partiendo del Crash de 2007 hasta la Guerra en Ucrania -dejando en suspenso qué efectos simbólicos tendrá esta última- pasando por el bloqueo de la OMC, la guerra comercial entre EEUU y China, la Pandemia Viral y el retiro de EEUU de Afganistán. Nuestro enfoque crítico materialista y ecléctico parte de la Economía política internacional como subdisciplina de la Relaciones Internacionales y pretende incorporar elementos tanto gramscianos como autonomistas -post obreristas- sin dejar de lado la perspectiva estructuralista socio-histórica anglo-sajona y latinoamericana. La hipótesis de trabajo se basa en la idea de que el regreso de la soberanía estado-nacional en detrimento de los organismos multilaterales que gestionan la globalización es un fenómeno transitorio pero histórico, un interregno caracterizado por la indefinición, la incertidumbre, el miedo y los “monstruos”, verbigracia, el cesarismo populista o la Guerra en Ucrania. Este carácter de transitoriedad indefinida, no hegemónica, se explica por el carácter en descomposición de la estructura histórica de la globalización liberal en sus tres componentes: las fuerzas materiales, las instituciones y las ideas.

Palabras clave: desglobalización, hegemonía, financiarización, interregno, guerra comercial, pandemia, Afganistán, Ucrania

¹ Recibido: 10/01/2023 Evaluado: 05/02/2023 Aceptado: 18/02/2023.

Abstract:

The aim of this article is to analyse the most relevant historical elements that explain the crisis of hegemony of liberal globalisation, from the 2007 Crash to the war in Ukraine - leaving in suspense what symbolic effects the latter will have - via the WTO blockade, the US-China trade war, the Viral Pandemic and the US withdrawal from Afghanistan. Our critical materialist and eclectic approach is based on international political economy as a sub-discipline of International Relations and aims to incorporate both Gramscian and autonomist - post-labourist - elements, without neglecting the Anglo-Saxon and Latin American socio-historical structuralist perspective. The working hypothesis is based on the idea that the return of nation-state sovereignty to the detriment of the multilateral organisations that manage globalisation is a transitory but historical phenomenon, an interregnum characterised by indefiniteness, uncertainty, fear and "monsters", for example, populist Caesarism or the war in Ukraine. This character of indefinite, non-hegemonic transience is explained by the decaying character of the historical structure of liberal globalisation in its three components: material forces, institutions and ideas.

Keywords: deglobalisation, hegemony, financialization, interregnum, pandemic, Afghanistan, Ukraine

Introducción

Desde la caída de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría se dijo hasta la saciedad que el capitalismo como sistema, basado en la democracia política y en el libre mercado, se globalizaría por una suerte de imitación. No había alternativa posible y, de entre todos los regímenes implementados en la historia se decía que era el más apropiado para elevar las condiciones de vida de la población a través de la reducción paulatina de la brecha de desigualdad tanto entre países como entre los miembros de la sociedad civil. Empero, sin bien es cierto, la globalización, entendida como sociedad global de mercado, se extendió incluso a la China comunista, no ha ocurrido lo mismo con las formas de gobierno democráticas estado-nacionales. Una excepción pudo ser la última ola democrática en Latinoamérica en la década del 90, con sus limitaciones de índole o bien oligárquica o bien populista, y en menor medida el establecimiento de democracias autoritarias en Europa oriental y Rusia.

En el plano global, la forma política que asumió la gestión de la globalización, para decirlo con Negri (2002), fue a través de una cobertura imperial como súper estructura informal de gobierno hegemonizada por EEUU como uno de los dos triunfadores en la Segunda Guerra Mundial y como vencedor definitivo de la Guerra Fría. Un neoimperio basado en la gobernanza consensual entre los grandes poderes políticos estado-nacionales (el G7 fundamentalmente y el G20 en menor medida) y las multinacionales con el objeto de repartirse la tasa de ganancia en el mercado global. No obstante, el atentado a las Torres Gemelas en 2001, el bloqueo de la Organización Mundial del Comercio desde la Cumbre de Doha de 2001, el Crash Financiero de 2007, el conflicto comercial Chino-Americano de 2017-18, la emergencia populista desde el 2016, la pandemia viral del Covid 19 de 2020-21, la derrota de EEUU y la OTAN en Afganistán en 2021, -dejando en suspenso qué efectos simbólicos tendrá la Guerra en Ucrania- han supuesto una serie continuada de bofetadas para esta visión idealista del liberalismo como

corriente hegemónica, tanto en la política económica en su versión ultra o neoliberal como respecto al “sentido común” cultural en la sociedad y en las instituciones del sistema. Unas bofetadas que se traducen, para definirlo junto a Sanahuja (2018), como crisis hegemónica de la globalización liberal.

Este artículo tratará de analizar dicha crisis desde la perspectiva de la Economía Política Internacional, ya sea entendida como disciplina autónoma o como subdisciplina de las Relaciones Internacionales como suele ser plasmada en la mayoría de los planes de estudio. Dentro de la EPI, nuestro enfoque crítico incorpora elementos tanto gramscianos como autonomistas -post obreristas- sin dejar de lado la perspectiva estructuralista socio-histórica anglo-sajona y latinoamericana.

La globalización como problema conceptual

La globalización ha sido un término muy discutido en los últimos veinticinco años con diferentes matices de significado en función de las parcelas investigativas y de los intereses en juego. De acuerdo con Agnew (2019), la globalización se refiere al creciente alcance y ritmo de actividades económicas y culturales a través del espacio, auspiciadas bajo la dirección de EEUU. Un estado en el sentido gramsciano, es decir, en el que se incluye a la sociedad civil y a sus instituciones en un todo que explica la conformación del bloque histórico estadounidense que ha ido influenciando al mundo en diferentes fases a través del ejercicio de su hegemonía. Hegemonía no como dominación “imperial” en sentido clásico sino como el reclutamiento de otros en el ejercicio del poder al convencerlos, engatusarlos y obligarlos indirectamente a que quieran lo que el auspiciador desea. La hegemonía, según la interpretación que hace Agnew de Gramsci (1981), no es el ejercicio bruto del poder militar, económico y político por el más reciente de una larga lista de hegemones como si el ejercicio del poder hubiera permanecido inalterable a través de los siglos. Tampoco es una simple continuación del poder político y militar ejercido territorialmente, como sugiere el uso clásico de la palabra imperio.

De esta manera, la globalización sería un proyecto hegemónico íntimamente conectado al cálculo geopolítico del gobierno de EEUU, sus intereses económicos durante la Guerra Fría y la incorporación del mundo entero dentro de sus controles desde la desaparición del proyecto comunista. Lo que explicaría en consecuencia la hegemonía de la sociedad de mercado estadounidense a nivel global sería el poder de promulgar una visión dominante de la buena sociedad basada en la promesa del aumento constante del consumo masivo. Por lo tanto, concluye Agnew, la tendencia del gobierno estadounidense desde 1980 a la acción militar y económica unilateral no representa su creciente fuerza sino su debilidad dentro del mismo orden mundial que los EEUU han hecho tanto por crear. Asociar a los EEUU contemporáneo con la palabra imperio es querer decir exactamente lo contrario (Agnew, 2019, p. 30).

Esta interpretación gramsciana, a pesar de que nos parece interesante, peca, en nuestra opinión, de un exceso de subjetivismo al centrarse casi exclusivamente en la acción consciente de EEUU para conformar el proyecto de la globalización como sociedad de mercado. De esta manera se interpretaría y aplicaría la teoría de Gramsci desde un enfoque puramente agencial dejando de lado las cuestiones internas y objetivas propias del modo de producción capitalista. Empero Negri y Hardt (2002) entienden el concepto de imperio de una forma distinta al imperio clásico romano centralmente territorializado. Imperio tiene que ver con el sujeto político informal que gestiona de forma desterritorializada la globalización como proyecto liberal y que se basa en

el consenso entre los grandes poderes para repartirse pacíficamente la tasa de ganancia. Es una noción también distinta al de imperialismo definido por la lucha estado-nacional por el control territorial, de materias primas y mercado característico de la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX. Pareciera que en este punto Agnew confunde imperialismo con imperio clásico romano y por tanto no diferencia tampoco el significado del neoimperio negrista.

A pesar de ello, la visión neogramsciana de Agnew se asemeja a la marxista heterodoxa de Negri al restarle relevancia a los estados-nacionales como actores reguladores de la globalización en pro del carácter descentralizado del poder hegemónico. La diferencia fundamental está en que para Agnew los EEUU, como bloque histórico integrador, *id est*, tanto sociedad política como sociedad civil, sería el único actor impulsor del proyecto globalizador mientras que para Negri y Hardt EEUU solamente sería el monarca o el *primus inter pares* entre varios agentes que conforman la alianza hegemónica ultraimperialista en sentido kaustkiano, es decir, basada en el consenso y no en la disputa abierta inter imperialista propia del siglo pasado (Molina, 2018).

Por otro lado, Agnew reduce el concepto de hegemonía de Gramsci exclusivamente a la cuestión del consenso o consentimiento y se olvida de la otra variable maquiavélica, la fuerza. Es una constante en una parte de los autores neogramscianos este olvido del factor de la coerción como parte de la ecuación hegemónica. Más allá de esta crítica, la cuestión cierta es que la posición geopolítica de EEUU desde la Segunda Guerra Mundial se ha basado en cultivar la hegemonía a través de mecanismos multilaterales y de mercado. Una hegemonía que ha pasado por dos fases; en la primera, determinada por los acuerdos de Bretton Woods de postguerra, el gobierno de los EEUU no pudo devaluar el dólar para estimular las exportaciones ni el crecimiento doméstico. De esta forma, en la segunda fase, la ruptura de Bretton Woods a principios de los setenta favoreció aún más la apertura de la economía mundial que tuvo su origen en acciones involuntarias del gobierno estadounidense. Lo que sí fue planificado es la proyección internacional de la economía y la cultura (a través de Hollywood) para hacer frente a la Unión Soviética a partir de los años cuarenta encaminadas a favorecer la legitimidad ideológica, el comercio mundial y la descolonización política que frenaba dicho comercio. Una apertura que, a partir de la década del setenta, ha acelerado el sistema financiero mundial y ha reorientado las instituciones de Bretton Woods para disciplinar a los estados inconformistas conforme a los intereses del régimen neoliberal instaurado. Tras la Guerra Fría la hegemonía estadounidense ha operado sin limitaciones.

Hoy, esta hegemonía liberal neoimperial, al estilo romano, es decir, cultural e ideológicamente aceptada, está en franca crisis. Esta afirmación ha dejado ya de ser una hipótesis para convertirse en una tesis. Una tesis que se ha manifestado a través de los hitos del Crash Financiero del 2007, el Bloqueo de la Organización Mundial del Comercio, el Conflicto Comercial-Tecnológico entre EEUU y China, la Emergencia de los Movimientos Políticos Nacional-Populistas en los países centrales, la crisis sanitaria, el fracaso de la OTAN y de EEUU en Afganistán, y por último el estallido de la Guerra en Ucrania.

El significado político del Crash Financiero del 2007

El primer hito importante que golpeó a la hegemonía entendida en este caso como legitimidad (neo) liberal global, si prescindimos del atentado geopolítico y cultural contra las Torres Gemelas, fue sin duda el Crash Financiero del 2007 y la posterior recesión económica mundial.

Una recesión con efectos sociales devastadores que está en la base de los cambios políticos antiglobalizadores que explican la emergencia populista conservadora y la contra tendencia hacia el fortalecimiento del estado-nación. Para entender el significado político de esta crisis se analizará en primer lugar cómo se sucedieron los hechos para luego reflexionar sobre la financiarización como nueva fase sistémica del modo de producción capitalista.

1. *El crash financiero*

Desde hacía décadas los principales teóricos económicos y financieros *mainstream* excluyeron la posibilidad de crisis cíclicas argumentando que habían aprendido las lecciones del pasado. A este período que va desde 1975 a 2006 lo llamaron la Gran Moderación. En 2004, Ben Bernanke, futuro presidente del banco central estadounidense, afirmaba lo siguiente en la conclusión de su intervención en la reunión de la Asociación Económica del Este: “La Gran Moderación, el declive sustancial de la volatilidad macroeconómica durante los últimos veinte años, constituye un desarrollo económico sorprendente {...} Hoy he razonado que probablemente una política monetaria mejor contribuyó no solo a la reducción de la volatilidad de la inflación sino a la disminución de la volatilidad de la producción.” (Bernanke, 2004, p. 8) De manera similar el Fondo Monetario Internacional en sus informes hasta 2006 anunciaba que “el sistema financiero era más resistente que nunca debido a la dispersión del riesgo crediticio” (Ash & Louça, 2019, p. 56).

Ya en abril de 2007, el FMI matizaba esta afirmación conforme aparecían algunos síntomas del desorden financiero. En su Informe sobre la estabilidad financiera mundial manifestaba que:

La situación económica a escala mundial ha propiciado un entorno financiero benigno, pero las condiciones y los riesgos subyacentes se han modificado en cierta medida desde la publicación del último informe GFSR - Global financial stability report-, en septiembre de 2006 y crean la posibilidad de debilitamiento de la estabilidad financiera {...} El segmento de hipotecas de alto riesgo de Estados Unidos se ha deteriorado más rápido de lo que se habría esperado a esta altura del proceso de desaceleración del mercado de la vivienda. {...} Persisten los riesgos asociados a la afluencia de capitales hacia los mercados emergentes y a las perspectivas macroeconómicas mundiales, pero dichos riesgos se han atenuado en cierta medida {...} Ninguno de los ámbitos específicos de riesgo representa una amenaza directa para la estabilidad financiera {...}. (IMF, 2007, pp. 8-10) (Traducción propia)

Como se puede observar el FMI, imbuido aún del optimismo liberal y del espejismo de la Gran Moderación, no pudo prever lo que ocurriría meses después. Solo unos pocos economistas de la corriente hegemónica neoliberal se atrevieron a discrepar de quienes predecían la prosperidad infinita. De entre ellos destacan Raghuram Rajan, de la Universidad de Chicago, y Robert Shiller, de la Universidad de Yale. En 2005, Rajan, que fungía paradójicamente como economista jefe del FMI, preguntó, durante la conferencia anual de la Reserva Federal, si el desarrollo financiero había generado más peligro en el mundo y concluyó afirmativamente. “El desastre puede acechar porque a los directivos se les incentiva para que asuman riesgos que ocultan a los inversores” (Ash & Louça, 2019, p. 56).

En el mismo año, Robert Shiller, Premio Nobel de Economía, alertaba en *The Economist* que “La inflación mundial de los precios de la vivienda es la mayor de la historia. Prepárense para el sufrimiento económico cuando estalle” (*The Economist*, 2005, en Ash & Louça, 2019, p. 58). Y el desastre estalló. En agosto de 2007, David Viniar - alto directivo de Goldman Sachs- detectó algunas extrañas perturbaciones - un movimiento de desviación estándar 25 sigmas. La desviación estándar es una medida estadística que mide cuánto se dispersan los valores en torno a su promedio en el mercado de valores- ante lo cual Goldman Sachs -uno de los mayores grupos banqueros de inversión-, siguiendo sus observaciones, comenzó a vender acciones para deshacerse de los riesgos. Dos meses antes, en junio, Bear Stearns -banco de inversión de valores- había anunciado que iba a suspender los reembolsos de dos de sus fondos. En agosto, BNP Paribas, -uno de los mayores bancos de Europa- hizo lo mismo. La desconfianza empezó a generalizarse en el mercado financiero y los activos de la banca en la sombra, es decir, la no regulada, reaparecieron en los balances financieros de los bancos.

Pronto, unos meses más tarde, se extendería el pánico a las grandes entidades financieras en forma de tsunami. En cinco meses, de marzo a septiembre de 2008, ocho de las instituciones financieras más grandes de EEUU colapsaron: Bear Stearns, Lehman Brothers- compañía global de servicios financieros-, AIG -grupo internacional de seguros-, IndyMac -banco californiano-, Washington Mutual -era el mayor banco de ahorros de EEUU-, Wachovia -cuarto mayor banco de EEUU-, Fannie Mae, y Freddie Mac -empresas hipotecarias ambas-. Los bancos Goldman Sachs, Morgan Stanley, Citigroup y Bank of America fueron rescatados al igual que empresas como General Motors y Chrysler. De los supervivientes, como afirman Ash y Louça (2019, p. 49), la mayoría se han recuperado como importantes agentes de la economía mundial. La crisis se originó por tanto en el sistema bancario estadounidense en la sombra, es decir, en el desregulado y opaco, transmitiéndose a todos los sistemas financieros. En Europa explotó como una crisis bancaria ya que los bancos poseían el 80 % de los préstamos hipotecarios a diferencia de EEUU. Las autoridades de la Unión Europea primero reaccionaron con un paquete de estímulo fiscal en 2009, rescatando los bancos y permitiendo un aumento del gasto público para contrarrestar la caída de la demanda agregada. El resultado se tradujo en enormes déficits públicos produciendo una crisis en el sur de Europa. La receta del BCE, la Comisión Europea y el FMI fue la imposición de políticas de austeridad traducidas en recortes en derechos sociales. La prioridad estaba en salvar al sistema, restaurando la confianza en el sector financiero.

Pero ¿cuál fue la causa inmediata que generó esta crisis financiera? Michael Ash -profesor de economía en la Universidad de Massachusetts-, y Francisco Louça -profesor de economía de la Universidad de Lisboa y fundador del Partido socialista revolucionario de Portugal-, son explícitos en su libro *Sombras: el desorden financiero en la era de la globalización*. Argumentan que la causa está en el apalancamiento como método ficticio de multiplicador del valor de un producto, en este caso, una deuda, a saber: las hipotecas. En un período con ahorros abundantes y, por tanto, con bajos tipos de interés, el acceso al crédito fácil promueve el uso de la deuda como apalancamiento, es decir, como multiplicador ficticio de valor. La palanca o apalancamiento es el valor de los activos totales de una empresa comparado con su capital propio (Ash & Louça, 2019, p. 60). Esto quiere decir que, si la relación entre el valor de los activos es de 30 y el del capital propio de 1, una mera caída del 3 % del valor de las acciones aniquila el capital de la empresa. El colapso se debió a las sucesivas titularizaciones de los derivados de las deudas que el sistema bancario, no regulado, promocionó como el modo más

expedito de obtención de ganancias sin acumulación, *id est*, sin producción de valor en la economía real.

2. La financiarización

Por consiguiente, la crisis desatada por la debacle de las hipotecas subprime desveló el falso espejismo de los intelectuales ortodoxos neoliberales herederos de la Sociedad Mont Pelerin acerca del crecimiento perpetuo sin perturbaciones (La Gran Moderación). La Sociedad Mont Pelerin fue fundada por Friedrich Hayek en Suiza en el año de 1947 para combatir las ideas keynesianas vigentes. Su libro, *El camino de la servidumbre*, fagocitó el entusiasmo de las grandes empresas. La Sociedad integraba a los neoclásicos de Chicago, a los austríacos hayekianos y a los alemanes ordoliberales que están en la base ideológica de los Tratados de la Unión Europea. Poco tiempo después Milton Friedman de Chicago sería elegido presidente de la Sociedad gracias al éxito de su libro *Capitalismo y Libertad*. La irresponsabilidad de las autoridades políticas y económicas que, en connivencia clasista, promovieron la banca en la sombra mediante la desregulación, garantizó tanto la crisis como la recesión como también las medidas de austeridad que la agravaron aún más. Empero, Eugene Fama, Premio Nobel en 2013, padre de las finanzas modernas según la Universidad de Chicago, y defensor a ultranza de la hipótesis de los mercados eficientes -la idea de que los títulos y sus derivados deben ser comercializados sin ninguna interferencia para que la nueva información pueda ser integrada en los precios sin retraso- se lavó las manos durante la crisis afirmando que desconocía las causas de las recesiones y que no era macroeconomista. “Ni siquiera sé qué es una burbuja” (Ash & Louça, 2019, p. 127).

Para reflexionar sobre este proceso llamado financiarización, traeremos a colación varios trabajos de algunos autores del autonomismo italiano condensados en la obra *La gran crisis de la economía global*. El primero de ellos, Christian Marazzi hace una distinción entre las crisis financieras del siglo XIX y XX y el proceso de financierización postfordista. Mientras las crisis financieras se producían al final de un ciclo económico por la caída de la tasa de ganancia industrial que producía el agotamiento de las bases tecnológicas, la economía financiera actual es invasiva y se expande a lo largo de todo el ciclo económico (Marazzi, 2009, p. 30). De esta manera, desde comienzos de los años ochenta, la base primordial de la burbuja financiera es el crecimiento tendencial de la ganancia no acumulada, es decir, la no reinvertida en los procesos directamente productivos (capital constante y capital variable) sino en la compra-venta de activos financieros como acciones, bonos, deudas y derivados que cotizan en bolsa. En definitiva, la financiarización de la economía ha sido un proceso de recuperación de la redituabilidad del capital después de un período de descenso de la tasa de ganancia. Carlos Vercellone le pone un nombre a dicho proceso, el devenir renta de la ganancia. “La renta se presenta como un título de crédito o un derecho de propiedad sobre recursos materiales e inmateriales que dan derecho a una porción del valor desde una posición de exterioridad respecto a la producción” (Vercellone, 2009, p. 74).

La tesis que aquí defienden estos autores es que la financiarización no es una desviación improductiva/parasitaria de porciones de plusvalor sino la forma de acumulación del capital en paralelo a los nuevos procesos de producción de valor. Esto significa que en los últimos cuarenta años ha tenido lugar una transformación de los procesos de valorización que exceden de los límites de la fábrica y que entran directamente en la esfera de la circulación de capital,

es decir, en el ámbito de la reproducción y la distribución hasta el punto de transformar al consumidor en un auténtico productor de valor económico (Marazzi, 2009, pp. 40-41).

Según Marazzi, la crisis asiática de 1997-99 marcó un cambio de régimen en el orden financiero internacional desde el momento en que los países del sudeste asiático comenzaron a acumular reservas en divisas para protegerse contra el riesgo de crisis distributivas implícito en el sistema monetario. De esta manera se pasó de un modelo de crecimiento remolcado por la demanda interna a uno basado en las exportaciones lo que conllevó el tránsito de la posición de deudor a la de acreedor, en dólares, de EEUU. Con este objeto de acumular divisas los países asiáticos recurren a fuertes devaluaciones y a políticas deflacionistas para competir mejor en el mercado internacional. Esta tendencia junto a la entrada en escena de China explica la deflación tanto de salarios como de los bienes industriales. Tras la crisis de la burbuja de Internet (1998-2000) la Reserva Federal de Alan Greenspan auspició una política monetaria expansiva para controlar el riesgo de deflación manteniendo tasas de interés reales negativas favoreciendo el desendeudamiento de las empresas y el endeudamiento de las familias. Es entonces cuando los bancos desarrollan toda una ingeniería de instrumentos financieros y la titularización para aumentar el volumen de crédito. Por lo tanto, entre 1998 y 2007, las grandes empresas experimentaron grandes aumentos de la parte de ganancias no reinvertidas en la producción de forma paralela al aumento del consumo tanto por la reducción del ahorro familiar como sobre todo por su endeudamiento (Marazzi, 2009, p. 48-49).

Lo que hay según Marazzi es una crisis de gobernanza de las autoridades monetarias estadounidenses que fueron incapaces de gestionar los efectos de la afluencia de liquidez proveniente de los países emergentes. Esta crisis de gobernanza se manifestó cuando la Fed - Sistema de Reserva Federal que funge como Banco Central de EEUU- en 2004 comenzó a subir las tasas de interés del dinero para frenar los primeros síntomas de la crisis inmobiliaria. Sin embargo, la afluencia de liquidez desde el exterior volvió vanas dichas medidas monetarias prosiguiendo el aumento de la burbuja hasta agosto de 2007 cuando las agencias de calificación decidieron desclasificar los títulos (tóxicos) emitidos sobre el crédito. Desde mediados de 2006 ya se habían detenido los precios inmobiliarios y a los pocos meses empezaron a bajar. Este desfase temporal es lo que explica la crisis de gobernanza de las autoridades bancarias, desvelando además la no correspondencia entre el ciclo económico y el ciclo monetario. La crisis comenzó en el momento en que un aumento inflacionista de los precios terminó induciendo un aumento decreciente de la demanda. La demanda creció cada vez más lentamente porque la actualización del flujo de réditos futuros ya no justificaba el aumento irracional de los precios de los bienes sobre los que se concentraba la burbuja.

3. Capitalismo productivo vs capitalismo financiero

A diferencia de los autores que profesan la visión ricardiana de la economía, es decir, la que trata de restablecer el buen funcionamiento de la ley del valor del tiempo de trabajo contra las distorsiones de las finanzas, esta escuela del post obrerismo italiano interpreta las crisis financieras y su solución de una forma distinta. Tanto para los neokeynesianos como para los marxistas ortodoxos en general, la crisis del 2008 se explica por el conflicto entre la vocación del capitalismo financiero por la renta y entre el buen capitalismo productivo que promueve el crecimiento de la producción y del empleo. De esta interpretación, de acuerdo con Vercellone (2009), se desprende hoy la propuesta de un tipo de compromiso neo-ricardiano entre asalariados y capital productivo con el poder de las finanzas. Este compromiso debería permitir

restablecer la hegemonía del capitalismo gerencial de la época fordista y las condiciones de un crecimiento cercano al pleno empleo. Esta lectura, según Vercellone, no es correcta por cuatro razones, a saber: Se equivoca respecto al significado de la renta al considerarla como una categoría externa a la dinámica del capital y opuesta a la ganancia; esta visión de la renta está desconectada del análisis de las transformaciones acaecidas tras la crisis del fordismo ligada al crecimiento de la dimensión cognitiva e inmaterial del trabajo; elude la relevancia de la evolución que ha determinado el agotamiento del papel hegemónico de la lógica industrial en la acumulación de capital y que conducen a una vocación rentista y especulativa del propio capitalismo productivo; y finalmente, no captan la naturaleza invasiva de las finanzas a lo largo de todo el ciclo económico que hace prácticamente imposible distinguir claramente entre economía real y financiera (Vercellone, 2009, p. 65).

Lo que Carlos Vercellone quiere decir es que la articulación entre el salario, la renta y la ganancia ha sufrido una mutación en el pasaje que va del capitalismo industrial al cognitivo. Una mutación que ha convertido a la ganancia en renta, es decir, en una valorización improductiva del capital. En la época industrial y fordista la ganancia estaba bien delimitada respecto de la renta. La ganancia era fruto directo de la explotación de la mano de obra industrial y de la inversión en bienes de equipo como capital fijo. Salía por tanto de la tasa de plusvalor generado por el trabajo no pagado al asalariado, el plustrabajo en términos marxistas. La renta financiera era marginada y vista como una actividad parasitaria al igual que la renta de la tierra en los inicios del capitalismo.

De acuerdo con Fumagalli (2009), con el advenimiento del capitalismo cognitivo, el proceso de valorización no es medible en función del tiempo de trabajo necesario para la producción de la mercancía. Esto significa que la ley del valor-trabajo entra en crisis como sistema de medida y por consiguiente también el concepto de ganancia, es decir, la diferencia entre los beneficios y los costes. Los mercados financieros se convierten en el lugar de la determinación del valor de las mercancías (Fumagalli, 2009, pp. 104-105).

Como afirma Vercellone, la gran empresa se ha convertido en un lugar de negocios y no de creación industrial. La financiarización es por tanto el resultado de una mutación endógena en la estrategia de valorización del capital de los grandes grupos industriales que ha conducido a un modelo de ganancias sin acumulación de capital (Vercellone, 2009, p. 87).

En conclusión, el significado político del Crash Financiero no se deriva tanto del afán rentista de la oligarquía financiera global en connivencia con los conglomerados industriales, sino que las crisis financieras son la característica permanente de la actual fase del modo de producción. Un modo de producción donde lo financiero ha dejado de ser una actividad externa para convertirse en interna desde principio a fin y donde el valor de las mercancías no se mide ya por el tiempo de trabajo socialmente necesario sino entre el valor futuro esperado y el actual. Un valor incierto e inestable pero que condiciona y determina lo que ocurre en la economía real, es decir, en la división internacional del trabajo definida por las ventajas comparativas que tiene cada región en el proceso de valorización global. En los países tecnológicamente avanzados el valor y el plusvalor es extraído no tanto en la fábrica manual (que ha sido trasladada a Asia) sino en el saber inmaterial del común como sociedad a través de mecanismos de renta que posibilita el régimen de propiedad intelectual vinculado a las empresas de servicios de consumo, digitales y financieros. En los países dependientes, el valor se produce en las

plantas industriales tayloristas orientadas a la exportación constituyendo la verdadera base de la economía real global en cuanto a la producción de bienes de consumo.

Empero, -y esta es la crítica que se le podría hacer a los post obreristas italianos-, ambas regiones se complementan dialécticamente porque el capital al globalizarse, juega a esa doble banda buscando la mayor rentabilidad posible en función de las ventajas comparativas que les permite el no establecimiento previo de una tasa mundial de explotación del trabajo. De ahí que los estados-nación, aunque hayan perdido soberanía, aún jueguen un rol muy importante en las relaciones internacionales porque son los que en última instancia regulan la relación de su territorio con el mercado mundial.

La crisis del 2008 así como la detonada por la pandemia viral, lo que sacan a la luz son las contradicciones de un mercado mundial no regulado mediante una dirección políticamente unificada que pueda planificar de forma equitativa la producción, y la distribución de bienes y servicios incluyendo a la tasa de explotación laboral y a los salarios de la clase trabajadora. Bajo este prisma, el estado-nación resulta ser un gran obstáculo para armonizar el potencial productivo global, así como las necesidades sociales ya que funge como un actor beligerante en la escena internacional con intereses nacionalistas que además no suelen coincidir con los de su propia mayoría social sino con los de sus clases dominantes. He aquí, en nuestra opinión, uno de los elementos clave del porqué la crisis hegemónica de la globalización liberal.

El bloqueo de la OMC y la tendencia hacia la re-localización productiva

Otro síntoma de esta crisis de legitimidad global es el derivado del bloqueo que ha sufrido la Organización Mundial del Comercio como institución multilateral desde la fracasada Conferencia Ministerial de Doha en 2001. Desde que la OMC fue creada en 1995, ha contribuido a orientar la conducta de los Estados miembro en sus relaciones comerciales internacionales a través del Mecanismo de Examen de Políticas Comerciales y del Entendimiento de Solución de Diferencias bajo el método del consenso “single undertaking” (Zelicovich, 2019, p. 15).

Empero, la Ronda Doha supuso un reto demasiado ambicioso. Con más de 20 temas en la agenda para debatir entre 142 países, la Ronda, como afirma Zelicovich, debía combinar profundidad, efectividad y legitimidad como trilema de la función negociadora. La profundidad alude a la inclusión de temas que afecten directamente a cada uno de los participantes; la efectividad se refiere a la capacidad de la OMC para producir resultados; y la legitimidad apela a la aceptación de todos los actores desde el punto de vista de lo moralmente correcto y apropiado. Una ecuación bastante complicada de articular. Una clave más para explicar este fracaso se deriva del hecho de que el sistema multilateral responde a una visión tradicional de la soberanía que dificulta la acción colectiva frente a problemas transnacionales y globales (Sanahuja, 2019, p. 42).

Es un sistema hegemónico multilateral que aún refleja las pautas de distribución del poder de la posguerra. No se adaptó a las nuevas realidades de la descolonización ni al ascenso de los países emergentes que reclaman reformas (multilateralismo revisionista) para garantizar mayor representatividad y legitimidad de las instituciones. Ante esta situación los países dominantes han negociado por su cuenta acuerdos megaregionales, verbigracia, el TPP -Tratado Transpacífico de Cooperación Económica firmado en 2016 entre EEUU y 11 países del

pacífico-, el TTIP - Tratado Transatlántico para el Comercio y la Inversión entre EEUU y la Unión Europea-, y el RCEP - Asociación Económica Integral Regional de Asia liderada por China y firmado por 15 países, incluyendo Japón y Corea del Sur, a finales de 2019-, impulsadas por EEUU, Europa y China respectivamente que minan el sistema multilateral de la OMC y ponen en cuestión el sistema de solución de controversias.

El punto de inflexión en esta crisis ha sido el posicionamiento político de gobiernos populistas antiglobalización como el de Donald Trump en 2016, propiciando una política aislacionista “America First” basada en acuerdos comerciales bilaterales, que atenta más aún contra los organismos multilaterales. Esto ha derivado en la salida de EEUU del TPP y en la paralización del TTIP con Europa que de por sí socavaban a la OMC. Para Sanahuja esta crisis de legitimidad va más allá de un fenómeno cíclico o coyuntural. Expresaría los límites de un modelo económico altamente financiarizado y desconectado con la economía productiva que pone constantemente en riesgo la estabilidad del sistema. Además, resalta que “se estaría cerrando el ciclo productivo posfordista iniciado en los años ochenta ante cambios tecnológicos que alientan dinámicas de re-localización productiva, automatización e integración de las cadenas de valor a través de plataformas digitales” (Sanahuja, 2019, p. 44).

Esta dinámica contraviene una de las bases estructurales de la globalización como es la deslocalización de las empresas transnacionales en busca de la reducción de los costos y del aumento de la tasa de plusvalor y por ende de la ganancia. Asimismo, daría una suerte de justificación de carácter estructural a las tendencias populistas de ultraderecha en los países dominantes. Este enfoque coincide, por cierto, con un editorial de *The Economist* de enero de 2017 titulado “The retreat of the global Company” (La retirada de la empresa global). En dicho documento se afirma que las multinacionales ya estaban en retirada antes de las revueltas populistas del 2016. “Muchas parecen haber agotado su capacidad para recortar costos y adelantarse a las innovaciones de sus competidoras locales. Así, los ataques de Trump están dirigidos a compañías vulnerables que, en muchos casos, ya están retornando a Estados Unidos” (*The Economist*, 2017).

Según el documento, solo las superestrellas de la tecnología y las de consumo masivo con marcas fuertes continúan prosperando. Esto se debe a que las ventajas que estas compañías poseyeron durante 30 años están acabándose: “los impuestos que pagan en el exterior ya no pueden reducirse más, los salarios de países como China están aumentando y las empresas locales son más sofisticadas y pueden hurtar, copiar o desplazar las innovaciones de las globales sin tener que invertir en costosas fábricas y oficinas”. Como enfatiza Sanahuja, si la lógica que animaba la deslocalización en los años noventa era la de ubicar plantas en países de bajos salarios para abastecer el mercado global, ahora es posible reorganizar la producción y distribución mediante plataformas digitales y recurrir a la robotización para situar la producción más cerca de los consumidores.

El conflicto bloque imperial entre EEUU y China (La guerra comercial)

La cuarta revolución industrial centrada en la tecnología digital y en la robotización de los procesos es, sin duda, el elemento más destacable en la lucha por la hegemonía entre EEUU y China y que se ha exteriorizado estos años como guerra comercial. ¿Por qué? Porque es donde se concentra la mayor inversión en valor agregado, y quién disponga de la mayor ventaja comparativa en este sector podrá extraer el mayor plusvalor posible en el mercado durante las

próximas décadas asegurándose la hegemonía económica mundial. El otro aspecto más general del conflicto comercial comenzado en marzo de 2018 a iniciativa del gobierno de Trump, tuvo como objetivo reducir el déficit en la balanza comercial por cuenta corriente de EEUU. Para lograr este objetivo el ex presidente Trump estableció una serie de aranceles del 25 % sobre una gran cantidad de productos exportados por China, pero también por Europa. Pekín respondió de la misma forma. Tras unos meses de tensión internacional que avizoraba una nueva recesión mundial, ambas potencias lograron firmar un acuerdo temporal. El acuerdo consiste en bajar los aranceles del 25 al 15 por ciento por parte de EEUU y el compromiso de China de comprar manufacturas, productos agrícolas y energéticos de EEUU por un valor de 200.000 millones de dólares en un plazo de dos años.

Por añadidura, China modificaría su exigencia de transferencia a las empresas que invierten en China y se esforzará en proteger los derechos de propiedad intelectual, no devaluará el yuan y abrirá su sector financiero a empresas de EEUU. Estos aranceles le permitieron a Trump cumplir con su promesa electoral de reducir el déficit comercial en la balanza de pagos, preparando el terreno para una reelección en 2020 que no estuvo lejos de volver a ganar -46.91 % de los votos-. De esta manera el déficit comercial de EEUU alcanzó en 2019 los 616.755 millones de dólares, un 1,7% menos que en 2018. Con relación a la deuda con China la reducción es del 17,6 % que representan 345.617 millones de dólares de déficit. En cuanto a la Unión Europea, EEUU logró recortar su déficit un 11,9% hasta 177.866 millones de dólares. Con respecto a España el déficit comercial se redujo a 1.693 millones de dólares lo que implicó una caída del 59 %, la mayor de la eurozona (Europa Press, 2020).

El trasfondo ideológico de este conflicto comercial ha sido el de recuperar la hegemonía económica anterior a los años ochenta y paralizar los planes del gobierno chino orientados públicamente hacia el objetivo de convertirse en el nuevo *hegemón* para el 2050. Para ello el gobierno de Trump se basó en una política mercantilista en lo económico y realista en el plano de la teoría de las relaciones internacionales que dista del enfoque neoliberal del gobierno de Obama orientado en la construcción de un régimen internacional cooperativo e interconectado a través del ejercicio del Soft Power. Esto no quiere decir que el gobierno populista de Trump abandonara las políticas neoliberales en el plano interno. Todo lo contrario, mientras aplicó una política mercantilista- proteccionista contra el libre mercado global a lo externo, promovió la privatización de lo público y la reducción de impuestos a las grandes fortunas. En este sentido, la Estrategia de Defensa Nacional de EEUU, presentada en enero de 2018 por James Mattis -Secretario de Defensa entre enero de 2017 y diciembre de 2018-, y condensada en la frase *America First*, indica que la competencia estratégica entre los Estados es ahora la principal preocupación de la seguridad nacional de EEUU y no el terrorismo (García, 2018, p. 27). Esta orientación no ha cambiado con Biden.

Resulta paradójico entonces que el paladín del libre mercado tras la Segunda Guerra Mundial y principal promotor de la globalización, haya girado hacia el proteccionismo. A pesar de que esta orientación se ha modificado durante el gobierno de Biden ¿En qué lugar ha quedado el valor dado al libre mercado como acompañante indispensable de la democracia? Esta deslegitimación ideológica contraviniendo sus propios valores de identidad, no solo del gobierno de EEUU sino también del Reino Unido al romper con Europa, no es más que otro de los síntomas de la crisis hegemónica del liberalismo como proyecto global.

Entramos según Rosales - ex director de comercio internacional de la CEPAL- en una nueva fase de la globalización signada por la pugna económica entre EEUU y China por el control de la tecnología del siglo XXI: IA, IoT, el Big Data y la Robotización cognitiva (Rosales, 2019, p. 98). A estos cuatro elementos que menciona Rosales habría que añadir la red inalámbrica 5 G. De ahí que el título de este apartado sea “el conflicto bloque imperial entre EEUU y China”. Cuando se dice bloque imperial lo que se pretende es diferenciar esta disputa de las luchas inter imperialistas del siglo XX caracterizadas por la extensión de la soberanía estado-nacional a otros territorios ajenos. El término imperial aquí alude al todo como sistema universal de mercado dentro del cual se disputa la hegemonía política para liderar y gestionar la globalización (Molina, 2018, p. 298).

Consiguientemente, no ha sido una simple guerra comercial coyuntural sino el primer combate en una disputa por la hegemonía económica de largo aliento que devenga en hegemonía política y cultural. Para darle más consistencia a esta hipótesis solo hay que echar un vistazo a los planes chinos emanados del XVIII Congreso Nacional del Partido Comunista llevado a cabo en noviembre de 2012 y a la propuesta *Made in China 2025* surgida en octubre de 2015. Respecto a los primeros, se trata del llamado “Sueño Chino” definido por dos acontecimientos centenarios, la fundación del Partido en 1921 y el de la nueva China en 1949. En función de estos dos centenarios se proponen dos objetivos, duplicar el ingreso per cápita rural y urbano respecto a 2010 y concluir la transformación socialista haciendo así realidad el sueño chino de la gran revitalización de la nación china y el retorno a la “normalidad histórica” interrumpido por el siglo de la humillación iniciado con la Guerra del Opio en 1841 (Rosales, 2019, p. 98). En relación con la propuesta *Made in China*, se busca fortalecer la innovación y el desarrollo de las nuevas tecnologías en tres fases: para 2025 reducir la diferencia tecnológica con los países líderes; para 2035 fortalecer la posición tecnológica de China; y para 2045 liderar la innovación global. (Rosales, 2019, p. 49). Los gobiernos de China han utilizado desde hace siglos una estrategia de largo alcance, de Soft Power afín a su cultura milenaria. Esta estrategia junto a los planes centralizados del gobierno que le permite la estructura política de partido único, en detrimento de la democracia, les ha posibilitado gestionar una estabilidad en el crecimiento económico proyectada hacia el futuro.

A decir de López Villafañe (2016) si el Presidente Hu Jintao en 2004 lanzaba el proyecto de la sociedad armoniosa “Hexie Shehui” buscando el desarrollo de la clase media a expensas de la explotación de la clase obrera, el Presidente Xi Jinping matizó dicho proyecto declarando que se debe buscar el sueño chino “Zhongguo meng” interpretado como la búsqueda de la prosperidad dentro del esfuerzo colectivo para mantener el socialismo revirtiendo los desequilibrios sociales causados por el establecimiento de un capitalismo de estado salvaje (López, 2016, p.174). Y habría que preguntarse: ¿Cómo el gobierno chino justifica el capitalismo salvaje llevado a cabo desde las reformas de Deng Chao Ping sin renunciar al proyecto socialista al mismo tiempo? La respuesta hay que buscarla en la ortodoxia marxista según la cual no es posible establecer el socialismo sin antes desarrollar poderosamente las fuerzas productivas que permitan a posteriori la socialización general de la riqueza.

Algunas reflexiones políticas sobre la Pandemia Viral

En medio de este escenario de lucha bloque imperial por la hegemonía mundial entre EEUU y China y luego de dos años de malos augurios para la economía debido a la desaceleración productiva y a los efectos de la guerra comercial, ocurre un acontecimiento inesperado que

detona el comienzo de una nueva crisis financiera y social. Una nueva epidemia en el siglo XXI tras la gripe Aviar, el Sars 1 y el Ébola con la peculiaridad de que este virus, el Síndrome Respiratorio Agudo Severo 2, (Sars 2) y mejor conocido como Covid 19 o Coronavirus, se ha globalizado realmente. Un virus animal localizado en la provincia de Wuhan en China (hipótesis vigente) que muta y es traspasado al ser humano y al mundo gracias a los mecanismos de transporte de la globalización.

De aquí se desprenden cuatro cuestiones importantes. La primera alude a cómo el capitalismo, en este caso el chino, explota a los animales en masa para la producción y el consumo sin controles suficientes ni principios éticos. La segunda se refiere al efecto dominó en las transmisiones infecciosas en la era de la globalización. Un hecho que será cada vez más común y sobre los que tendrá que lidiar la población mundial. En tercer lugar, este virus ha sido otro motivo más para alimentar tanto el racismo como el fortalecimiento de las fronteras, los controles sociales y el reforzamiento de los aparatos represores del estado-nación. Donald Trump no tardó mucho en llamarlo “virus chino”, empeinado en auspiciar una nueva guerra fría con el aspirante número uno a la condición de hegemon global.

Por último, existe un cuarto elemento que tiene que ver con las políticas económicas dominantes que han impulsado a la propia globalización y que han quedado al descubierto con esta crisis sanitaria. Nos referimos a las políticas domésticas neoliberales basadas en la privatización de los servicios públicos y en la desregulación del mercado. ¿Cómo pudo el mercado como ente anónimo, planificar la gestión global de la crisis sanitaria? Ante la ausencia de un gobierno mundial con autoridad suficiente para gestionar la crisis, han sido los estados-nación los que se han visto obligados a asumir dicha tarea en una suerte de regreso al estatus político pre Guerra Fría. Ni siquiera la Unión Europea ha estado a la altura de las circunstancias.

Como en las antiguas guerras mundiales y a decir de Badiou (2020) las clases políticas de cada estado aparentan gobernar para el interés general y no solo para las burguesías locales, las cuales deben someterse a los lineamientos del estado (confinados en sus mansiones) al igual que el resto de ciudadanos trabajadores si quieren garantizar a posteriori el mantenimiento del status quo. En consonancia con la idea del regreso del estado fuerte se hacen proclamaciones de guerra y las autoridades militares la simulan convirtiendo a los ciudadanos en soldados de la patria. Desde un punto de vista ético-político Giorgio Agamben (2020) en un polémico artículo nos recuerda algo interesante para preguntarse: “¿Qué es una sociedad que no tiene otro valor que el de la supervivencia?” “Es obvio que los italianos están dispuestos a sacrificar prácticamente todo: las condiciones normales de vida, las relaciones sociales, el trabajo, incluso las amistades {...} por el peligro de enfermarse. La vida desnuda –y el peligro de perderla– no es algo que une a las personas, sino algo que las ciega y las separa” (Agamben, 2020).

Empero, en nuestro parecer, el pánico y el miedo social existente se manifiesta de forma distinta entre las generaciones. Para los mayores es cierto que el miedo a morir está muy presente y hasta cierto punto justificado por el efecto contundente del virus en este rango; pero el miedo de las generaciones más jóvenes no es a perder la vida sino a perder su modo de vida que está basado en la deuda con el sistema: Hipotecas, créditos, alquileres, la caída de las ventas de las pequeñas empresas y de los autónomos, y sobre todo el miedo a perder el trabajo asalariado y en el caso de los desempleados -muchos de larga duración- a no ser contratados en el corto y mediano plazo. Y es que el elemento cohesionador de esta subsunción de la vida, esto es, subordinación e inclusión del trabajo en el capital, es la deuda. Y si la economía se para, colapsa

la cadena que sustenta dicho modo de vida. Aquí radica el verdadero pánico luego de más de 10 años de crisis económica y social en toda Europa. Desde este punto de vista económico cabe recordar que el coronavirus no es la causa real de la caída de las bolsas sino solo el detonante.

Como afirma Toussaint (2020) la caída de los precios de la bolsa estaba prevista mucho antes de que apareciera el coronavirus ya que los precios de las acciones y de los títulos de deuda se habían incrementado exageradamente con relación a la producción durante la última década. El gran capital aprovechó la coyuntura para vender sus acciones y productos financieros con el objeto de recoger los beneficios antes de que puedan perder más valor, lo que supondría una reducción incierta de la “tasa de acumulación” de capital ficticio. Es la excusa perfecta para hacer recaer la crisis en un virus. Otra vez los mercados financieros especulativos marcan la pauta del devenir de la economía mundial. Empero, esta vez, la crisis de legitimidad de las políticas de austeridad no permiten un nuevo austericidio al menos en Europa. La Unión Europea viró al keynesianismo durante un tiempo en favor de la demanda agregada. La cuestión a posteriori es saber quién pagará la factura de la deuda en cada uno de los países. A corto plazo, al menos, parece que la élite política de la Unión, ha aprendido algunas lecciones de la crisis del 2008 y han tomado la decisión de romper con la camisa de fuerza neoliberal que con tanto dogma y autoritarismo han gobernado Europa durante los últimos veinte años. Dicho esto, la falta de unificación de criterios respecto a la gestión inicial de la crisis sanitaria ha sido un síntoma más de la tendencia a la fragmentación y al regreso del estado-nación en detrimento de la globalización. Ha sido en este escenario, todavía de *shock*, cuando en agosto de 2020 los talibanes ocupan Kabul y obligan a las tropas de EEUU y a la OTAN a una retirada *in promptu*.

La retirada de EEUU y de la OTAN de Afganistán

El economista Daron Acemoglu, en un artículo publicado pocos días después de la toma de Kabul por los talibanes, explicó, a su criterio, por qué EEUU fracasó a la hora de construir un Estado moderno, centralizado y democrático en Afganistán. EEUU, advierte Acemoglu, cometió el grave error de intentar construir un Estado centralizado de arriba hacia abajo con técnicos extranjeros sin establecer alianzas de cooperación con una sociedad civil profundamente heterogénea (Acemoglu, 2021, p. 2). Dicho esto, puede resultar paradójico que el presidente Biden negara en su discurso a la Nación que construir un Estado democrático en Afganistán fuera un objetivo de EEUU. “Nuestro único interés nacional vital en Afganistán sigue siendo hoy lo que siempre ha sido: prevenir un ataque terrorista en la patria estadounidense” (The White House, 2021).

Desde este punto de vista no existiría ningún fracaso ni ninguna responsabilidad política de los gobiernos estadounidenses y, por lo tanto, tanto la intervención como la ocupación no habrían sido en balde. Josep Borrell, Alto Representante de la Política Exterior de la Unión Europea, le replica sin tapujos, “lo que ha ocurrido en Afganistán es una derrota del mundo occidental”, y hay que “mirarlo de frente y tener el valor de reconocerlo y analizar las causas y sus consecuencias, que desde el punto de vista geopolítico serán muy importantes” (RNE, 2021). Lo que se percibe aquí es una cierta ruptura de la estrategia atlántica por parte de la Unión Europea al darse cuenta Borrell que EEUU está renunciando a su papel de policía imperial -en términos negristas- y de líder de la globalización como proyecto liberal. Es tanto así que el propio Borrell ha declarado que quizás sea el momento de pensar en la necesidad de crear un ejército unificado de la Unión Europea que obedezca exclusivamente a las directrices políticas propias (Molina, 2021).

Por ende ¿qué le está ocurriendo al *hegemón* del capitalismo global? La realidad es que la retirada de Afganistán supone el abandono de la población afgana a su suerte y más en concreto la renuncia a la defensa de los derechos individuales de las mujeres y niños. He aquí, quizás, el porqué de la decepción del Alto Representante de la Unión Europea. ¿Cuántos soldados de la OTAN han muerto en Afganistán? Según el Instituto Watson de la Universidad de Brown, murieron 1.144 soldados aliados frente a 2.324 de EEUU. De esos 1.144, España puso 102. Además, fallecieron 46.319 civiles afganos, de los cuales más de 10.000 fueron a manos de las tropas de la OTAN (Watson Institute, 2021). Y entonces ¿para qué se sacrificaron tantos muertos y recursos? Mónica Bernabé (2012), una periodista de investigación española que ha trabajado en Afganistán entre 2006 y 2014, aporta, en su libro *Afganistán*, datos concisos que desnudan los discursos oficiales de los altos mandos militares y de los distintos actores sobre el terreno, así como los “buenos deseos” de los representantes de los países implicados. No hay espacio aquí para recoger las apreciaciones de Bernabé. Recomendamos al lector el propio libro de la autora.

A manera de conclusión: la Guerra en Ucrania

¿Qué efectos simbólicos tendrá la Guerra en Ucrania respecto al proyecto civilizatorio liberal en decadencia por la sucesión de estos hitos históricos señalados *ut supra*? La pregunta no es baladí ya que la invasión de Ucrania por parte del nacionalismo ruso se ha percibido por un lado en clave de Guerra Fría -EEUU contra la OTAN en un país periférico- y por otro en clave imperialista clásica -un país fuerte invade a uno más débil-. Contra tendencias ambas que no dejan de ser anómalas y de estar fuera de lugar al igual que los cesarismos populistas en el plano interno de los Estados. Como afirma Sanahuja (2022) estos elementos anómalos, los “monstruos”, son expresión de esta nueva fase histórica transicional, el interregno gramsciano, donde lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer. Lo viejo es la globalización liberal como proyecto civilizatorio y lo nuevo, la estructura histórica naciente (Cox, 1983) con nuevas fuerzas materiales, nuevas instituciones y nuevas ideas, no está clara aún pero donde la variable multipolar parece consolidarse. Esta fase transicional, lejos de parecer una coyuntura de aliento corto, promete quedarse con nosotros durante un tiempo indeterminado haciendo de la incertidumbre y los miedos aparejados a ella su base filosófica fundamental. Gestionar esta incertidumbre parece imposible para las instituciones multilaterales de postguerra ya que como hemos visto *ut supra* están desacreditadas desde hace tiempo. La financiarización de la economía no parece reversible, y por tanto las crisis financieras y sociales se vuelven prácticamente permanentes. Todo ello en un contexto de aumento progresivo del déficit público de los Estados que se ven obligados a atenuar los choques que producen esta situación en las mayorías sociales y en las nuevas generaciones de la clase media, sin expectativas confiables de futuro. La Guerra en Ucrania intensifica todo este proceso contradictorio de déficit, inflación, miedos e incertidumbre al incorporar viejos fantasmas de la Guerra Fría como son las armas nucleares tácticas. Estas contradicciones de esta fase histórica transicional no hacen más que acumular combustible para que estallen explosiones sociales dentro de los Estados y más conflictos entre los propios Estados. Los movimientos sociales y sus intelectuales son los únicos que están marcando el camino de un nuevo pacto transnacional ecológico, feminista, social y más democrático, poniendo la cordura y la solución a la crisis orgánica de la globalización (neo) liberal, pero tienen en frente a las élites sempiternas de poder, a las instituciones del orden establecido en decadencia y a la cultura tradicional conservadora que no dudan en apoyar -tal como ocurrió en el período de entreguerras- a estos nuevos cesarismos que garantizan su estabilidad en el poder.

Referencias

- Acemoglu, D. (Aug 20, 2021). *Why Nation-Building Failed in Afghanistan*. Project Syndicate. <https://bit.ly/3IvBzr0>
- Agamben, G. (17 de marzo de 2020). *Aclaraciones*. Comunizar.com. <https://bit.ly/3ig0apn>
- Agnew, J. (2019). *Hegemonía*. Banes-Celag.
- Ash, M. y Louça, F. (2018-2019). *Sombras: El desorden financiero en la era de la globalización*. Barcelona: Sylone.
- Badiou, A. (21 de marzo de 2020). *Sobre la situación epidémica*. Lobosuelto.com. <https://bit.ly/3VRSQxJ>
- Bernabé Fernández, M. (2012). *Afganistán: Crónica de una ficción*. España: Debate.
- Bernanke, B. (December 20, 2019). *The Great Moderation. Meetings of the Eastern Economic Association*. Washington, 2004. <https://bit.ly/3QoNWHh>
- Chul Han, B. (24 de marzo de 2020). *El virus no puede reemplazar a la razón*. Semana.com. <https://bit.ly/3ik9cS9>
- Cox, R. (1983). Gramsci, Hegemony and International Relations. En *Method, Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 12, 2, 162-175. <https://doi.org/cdww7w>
- Fumagalli, A. (2009). “Crisis económica global y governance económico-social”. En S. Mezzadra y A. Fumagalli, (Coords.), *La gran crisis de la economía global* (pp. 99-123). Madrid: Traficantes de Sueños.
- García Encina, C. (2018). *La estrategia de Seguridad Nacional de la Administración Trump*. Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos. Documento de Trabajo 6/2018. <https://bit.ly/3GNA5at>
- Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel*. México: Era.
- International Monetary Fund. (2007). *Global Financial Stability Report, Market Developments and Issues*. <https://bit.ly/3ZnwgQK>
- López Villafañe, V. (2016). La emergencia de China como potencia mundial. Fin del periodo de alto crecimiento y nuevos desafíos. *Revista Migración y Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas*, Vol. 14, 26, 167-195.
- Marazzi, Ch. (2009). “La violencia del capitalismo financiero”. En S. Mezzadra y A. Fumagalli, (Coords.), *La gran crisis de la economía global* (pp. 21-61). Madrid: Traficantes de Sueños.
- Molina Campano, E. (2018). *La filosofía política de Toni Negri*. Sevilla: Atrapasueños.

- Molina Campano, E. (2019). El concepto de hegemonía en las Relaciones Internacionales: una crítica a Andreas Antoniadis. *Revista Internacional de Pensamiento Político (RIPP)*, 14, 427-436.
- Molina Campano, E. (2021). Repensando las teorías de las relaciones internacionales a colación del fracaso de EEUU en Afganistán. Una mirada materialista ecléctica. *Revista Internacional de Pensamiento Político (RIPP)*, 16, 537-561.
- Negri, A. y Hardt, M. (2002). *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.
- RNE. (18 de agosto de 2021.) *Entrevista a Joseph Borrell*. RTVE. <https://bit.ly/3k17ndm>
- Rosales, O. (2019). El conflicto US-China: nueva fase de la globalización. *Revista Estudios Internacionales, Universidad de Chile*, 192, 97-126. <https://bit.ly/3Is889r>
- Sanahuja, J. A. (2018). “Crisis de globalización, crisis de hegemonía: un escenario de cambio estructural para América Latina y el Caribe”. En A. Servin, (Ed.), *América Latina y el Caribe frente a un Nuevo Orden Mundial: Poder, globalización y respuestas regionales* (pp. 37-68). Icaria- Cries. <http://bit.ly/2QvHvCR>
- Sanahuja, J. A. (noviembre-diciembre de 2022). *Interregno: la actualidad de un orden mundial en crisis*. Nueva Sociedad, 302. <https://bit.ly/3GOht0o>
- The Economist. (January 28, 2017). *The retreat of the global Company*. The Economist. <https://bit.ly/3Qp4OOi>
- The White House. (16 agosto de 2021). *Declaración del presidente Biden sobre Afganistán*. The White House. <https://bit.ly/3vNozFE>
- Toussaint, E. (2020). *No, el coronavirus no es responsable de la caída del precio de las acciones*. Viento Sur. <https://bit.ly/3XfxJX8>
- Vercellone, C. (2009). “Crisis de la ley del valor y devenir renta de la ganancia”. En S. Mezzadra y A. Fumagalli (Coords.), *La gran crisis de la economía global* (pp.63-98). Madrid: Traficantes de Sueños.
- Watson Institute. (2021). *Cost of War*. <https://bit.ly/3GXjCkh>
- Zelicovich, J. (Enero-Junio de 2019). La crisis de la OMC y el trilema de las negociaciones comerciales internacionales. *Revista Relaciones Internacionales*, 92(1), 13-33. Escuela de Relaciones Internacionales. <https://doi.org/jr2j>
- Zizek, S. (3 de marzo de 2020). *Un golpe letal al capitalismo para reinventar la sociedad*. En Pijama Surf. <https://bit.ly/3GNvncH>